

## Gallarusa

Mina

El sol se ocultaba entre las nubes, parecía un día cualquiera... Pero no era así. Nadie imaginaba lo que iba a pasar.

Busqué a mis hijos, Daniel y Kevin, y a mi sobrina Cristy, que jugaba con ellos. *¿Dónde están?* Al escuchar mi voz angustiada mi hermano preguntó: —¿Los mandaste a la tienda? —¡No!, contesté, se salieron y ¿Cristy... se fue a tu casa?

Mi hermano y yo éramos vecinos. Como si presintiera algo él salió de golpe a buscar a su hija de cuatro años; regresó enojado: —¡No está en la casa, se fue con ellos! Averiguó por la cuadra y no los vio; a su regreso empezamos a angustiarnos. Mi esposo sugirió que podían estar en “el club”, como llamábamos a la trastienda de Servando el vecino, en la cual se juntaban algunos jovencitos por las tardes a jugar.

Mi hermano y mi esposo fueron allá; cuando tocaron la puerta Kevin se asomó por la ventana, estaba asustado, no abría; mi hermano desesperado derrumbó la puerta.

Yo esperaba afuera, angustiada, cuando vi correr a Daniel mi hijo y a otros dos niños; las piernas me temblaron, el miedo y el coraje se apoderaron de mí al ver venir a Kevin corriendo y diciendo ¡no le hice nada! ¡no le hice nada!

Todo era un caos. Mi hermano la emprendió a golpes contra Kevin. Mi esposo llegó con Cristy en los brazos; ella vestía una ropa extraña que mi hermano, furioso, le arrancó, revisando su cuerpecito y dejándola sólo en su pijama. Luego continuó golpeando a Kevin hasta hacerlo sangrar; mi esposo enfurecido también arremetió contra nuestro hijo y para rematar yo me sumé a la agresión: lo estrujé y lo abofeteé mientras le gritaba ¿qué

148

pasó?, ¿qué pasó? Él sólo nos miraba con los ojos desorbitados, llenos de lágrimas y espanto.

Mi esposo, mi hermano y yo continuamos golpeándolo como si fuera un asesino; nos interrumpió el llanto de Germán, el más pequeño de mis hijos que acababa de despertar; corrí y lo tomé en los brazos. Dejamos de golpear a Kevin y nos fuimos a revisar a Cristy, quien lloraba y decía que estaban jugando.

Kevin se fue muy golpeado, sangrando de boca y nariz. Me eché a llorar como loca, sentía que el mundo se me caía encima; le decía a mi esposo que no quería volver a ver a mi hijo, él me consolaba y decía que sólo eran travesuras de muchachos. Luego me di cuenta que iba muy golpeado y si algo le llegaba a pasar nosotros tendríamos la culpa.

La noche pasó lentamente como si la estocada que nos acababa de dar la vida nos traspasara una y otra vez; mi hermano fume y fume y yo esperando una llamada o algo que nos indicara dónde estaba Kevin. Nada sucedió.

Me dolía ver a mi hermano cabizbajo y pensativo. Con mucha tristeza me dijo: ¡Ya nos íbamos a ir de mojados! Tú sabes que yo quería que tu hijo fuera un hombre de bien y trabajador; pero ahora no puedo ayudarlo.

A la mañana siguiente Germán mi hijo más pequeño no despertaba, me acerqué a su cama y vi con espanto que estaba amoratado; lo llevamos al médico. El pediatra nos preguntó si teníamos algún problema o si habían asustado al niño; la pesadilla que estábamos viviendo le estaba afectando. Pasaron dos días interminables.

Mi esposo no se presentó a trabajar esos días y Kevin continuaba perdido. Los acontecimientos eran muy claros: Kevin había abusado sexualmente de mi sobrina. Teníamos un serio problema. Necesitábamos ayuda.

Nuestro peregrinar nos llevaba de las oficinas del DIF a las de Averiguaciones Previas, de psicóloga en psicóloga y de abogado en abogado; teníamos que denunciar el hecho ante la

autoridad y permitir que nuestros hijos pequeños fueran también sometidos a un examen forense.

Pero mi corazón de madre se empeñaba en negar lo sucedido; es más fácil vivir con un engaño que enfrentar una dolorosa realidad. Decidimos, antes de ir a la autoridad, internar a Kevin lejos de nosotros y fue así que nos trasladamos al municipio de Bocoyna en busca de una oportunidad para deshacernos de él. ¡Qué ingenuidad! como si la distancia resolviera el problema, como si negar la realidad o huir de ella fuera la solución.

Una vez en el internado, después de considerar diversos factores resolvieron no aceptarlo: necesitaba una atención psicológica más especializada. A pesar de mi rabia contra él, sentí alivio de que no se quedara ahí; presentía que él también había sido abusado de niño y que necesitaba mi apoyo y mi amor de madre.

Mi esposo, que no era su padre biológico, en un esfuerzo por aliviar la tensión del momento, sugirió ir al Divisadero. Era el mes de abril y la tierra empezaba a despertar de su largo sueño invernal; el bosque me invitaba a quedarme, a no regresar, a no volver jamás a la ciudad donde tantas tristezas y desilusiones había vivido desde niña.

Viajamos sumidos en el silencio, cada uno metido en sus pensamientos; en mi mente se dibujaron escenas de mis días de niña huérfana, de mi adolescencia llena de conflictos y temores, de mis primeros amores a los 16 años y mi primer desengaño a los 18, cuando me vi sola con Kevin en brazos, sin el apoyo y cariño de su padre ni de mi familia. Detener la vida, quedarme ahí suspendida en el tiempo entre el cielo y los pinos, sin pasado, presente ni futuro, era lo que yo anhelaba.

Pasaron los días sin tomar una decisión; Kevin, mientras tanto, se comía las uñas hasta sangrar, se le contracturaban los dedos de las manos; se veía muy mal. Yo pretendía ignorarlo, sin dejar de sentir dolor al recordar sus días de niño solitario al que tenía que dejar a veces solito en casa, o al cuidado de personas poco confiables, para ir a trabajar y procurarle lo necesario; sus

hermosos ojos verdes me miraban suplicantes; tiempo después, durante la terapia, descubrí el significado de esa mirada: ¡me pedía ayuda a gritos porque también había sido abusado!

Un día, mientras estábamos fuera de casa, mi hijo Daniel, de seis años, empezó a decir que Kevin le hacía cosas muy feas a un amigo de él, que le pasaba el pene por su colita. Me estremecí y le pregunté que si era a él, asustado decía que no; dentro de mí estalló un volcán de sentimientos: furia, culpa, vergüenza, tristeza, deseos de perder la razón o morir. Mi mente se negaba a escuchar aquella revelación y no la aceptaba.

Cuando me reuní con mi esposo le comenté inmediatamente lo sucedido. Él también enloqueció y se dirigió a nuestra casa con la intención de confrontar a nuestro hijito con Kevin. El trayecto me pareció eterno. La boca se me secó, el corazón me latía fuertemente, el estómago se me retorcía, quería vomitar; el mundo se me venía encima, la furia me cegaba.

Ver cómo mi esposo se derrumbaba, me convirtió en un ser más frágil de lo que ya me sentía. Rompí en llanto, gritos y desesperación. Ese día mis pensamientos se alteraron a grado tal de desear destruir a mi propio hijo, hacerlo pedacitos y esparcirlo en el bosque; por otra parte quería tomar a mis dos pequeños en brazos y acurrucarlos, entrar en sus pensamientos, cambiar lo malo por lo bueno y protegerlos siempre.

Preguntamos a Kevin si era cierto lo que decía Daniel y con una voz congelada de adolescente desafiante respondió... Que sí.

Mi esposo llorando repetía ¿por qué? ¿por qué? ¿Los niños qué te hacen? Para ellos eres su ejemplo y te quieren ¿y tú les pagas con esto? Cuando Daniel nos contó cómo Kevin abusó de Germán, el más pequeño, no dábamos crédito: ¡sólo era un bebé de dos años de edad!

Al día siguiente parecíamos zombis, extraños. Me dirigí al DIF con la psicóloga. Ella sugirió hablar con la directora; la hora de espera me pareció un siglo. Mi hijo a mi lado convertido en un extraño, en mi propio enemigo, ambos ausentes, distantes y llenos de odio y coraje.



Esas dos semanas fueron el comienzo de una pesadilla de la que no se puede despertar, abrir los ojos y decir ¡no es verdad lo que pasa! Mi esposo había enmudecido, ya no hablaba de nada; llegaba siempre ausente, triste, pensativo... y así partía a la mañana siguiente.

Ya no me daba beso de despedida, ni cuando llegaba ni para dormir. Los rumores corrían por toda la cuadra; los vecinos nos miraban con cierta tristeza pero a la vez criticando. Decían que Kevin no sólo había abusado de su prima sino también de sus hermanos y quizás también de otros niños que se juntaban con él.

En esos días de crisis recibí la llamada de la psicóloga pidiendo que me presentara inmediatamente con Kevin. Me propuso una solución para el problema y nos dio una semana para pensarlo; según ella era lo mejor que se podía hacer. Para mi esposo y para mí fue muy difícil tomar la decisión; a duras penas platicamos. Finalmente aceptamos la propuesta: decidimos poner la denuncia ante el Ministerio Público, llevar a Kevin y a sus hermanos a declarar y someterlos a los exámenes necesarios. Fui yo sola con mis hijos pues a él no le dieron permiso en el trabajo.

Cuando me dirigía a Averiguaciones Previas, en el centro de la ciudad, de pronto no supe por dónde andaba. Fue el propio Kevin quien me advirtió que estábamos muy lejos de las oficinas y que llegaríamos tarde. Yo sentía que los minutos y las horas avanzaban y no nos atendían; hasta hoy que escribo estos renglones me doy cuenta que no fue así: llegamos y ya nos estaban esperando por lo especial del caso; a pesar de que todo fue rápido yo lo sentía una eternidad. Nos recibieron con mucho respeto, tomaron las declaraciones, revisaron a los niños, respetaron mi dolor, mi trauma, mi frustración y mi vergüenza.

Salimos de ahí callados; mis dos hijos pequeños pegados a mí y Kevin como ausente. Luego me volvieron a llamar para que lo presentara; teníamos un día para decirle que lo íbamos a dejar solo en una cárcel para menores, que todo lo hacíamos por el bien de él, de nosotros y de todos los que lo rodeaban. A él no le importaba nada, decía que le daba lo mismo.



Llegó el día de presentarlo. La licenciada Elena nos llamó para que estuviéramos a las cinco de la tarde en el Centro de Rehabilitación para Menores Infractores. Cuando llegamos nos entrevistamos con ella. Ahí me sentía en otra dimensión y mi esposo parecía una sombra al lado mío; callado, petrificado.

Kevin se quedó internado. Al salir mi esposo y yo nos echamos a llorar; luego anduvimos dando vueltas en las calles de la ciudad sin decir nada, sólo llorando y vagando sin rumbo. Daniel lloraba y se culpaba por lo sucedido y a mí el alma se me desgarraba, se me caía en pedazos pensando en el dolor que él estaba sintiendo. Esos días fueron muy difíciles, no dormíamos, hablábamos sólo lo necesario. Empezamos las terapias con la psicóloga para poder salir de todo esto; hubo momentos que sentí que ya no podía seguir porque ¿cómo dejar una parte de mi ser abandonada en ese lugar?

Todo era muy difícil para mí y mi familia. Enfrentar la realidad tanto hacia el interior de nosotros mismos como ante la sociedad, que siempre murmuraba criticándonos, se convertía en un dolor infinito que parecía no terminar jamás.

No obstante el tiempo transcurrió, implacable: meses de terapias y de apoyarnos mutuamente cuando la esperanza y la fe se perdían. Para ello contamos con el respaldo profesional del Centro donde se encontraba internado mi hijo purgando su condena por los abusos sexuales que había cometido en perjuicio de sus hermanos y de otros niños.

Meses después, como parte de mi proceso de recuperación fui invitada a los talleres autobiográficos DEMAC, donde fui llevada de la mano para atreverme a contar mi historia, la misma que hoy comparto para que otras mujeres aprendan que aun cuando se cree que en la vida no hay salida ni esperanza, siempre habrá ángeles que aporten sólidos pilares de salvación a los que el corazón y el pensamiento puedan asirse.

Gracias a todo esto mi hijo regresó a su hogar, con su familia a la que siempre perteneció y hoy estamos construyendo entre todos un nuevo camino, una nueva vida; recuperando la con-



fianza, la fe y la esperanza bajo el lema de los legendarios tres mosqueteros: “Todos para uno y uno para todos”.

Yo por mi parte he vuelto a ser “Gallarusa”, el ave mítica de hermoso plumaje, lindos cantares, brillantes colores, elegante y majestuosa... el ave que yo inventé en mis solitarios días de niña desamparada para sobrellevar los tiempos difíciles de mi vida.